

Los chanclos de la felicidad

(Cuento)

Un día, el hada de la Felicidad fue a buscar al hada del Dolor y muy contenta le dijo:

—Tengo un regalo especial para la Humanidad; un par de chanclos mágicos. El que se los ponga verá realizados sus deseos en ese mismo momento. Entonces se convertirá en el ser más feliz del mundo.

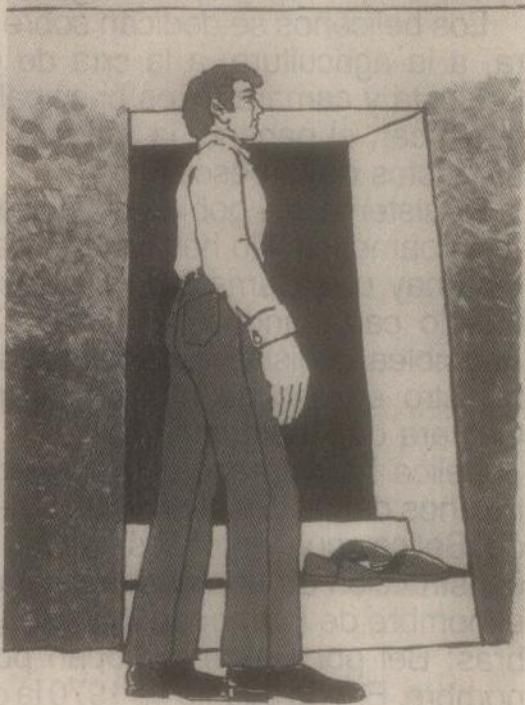
—Eso es lo que crees —dijo el hada del Dolor—, pero estás equivocada. Será espantosamente desdichado y bendecirá el momento en que se vea libre de esos chanclos.

—¡Cómo te atreves a decir eso! —respondió enojada el hada de la Felicidad—. Voy a dejar los chanclos aquí, cerca de esta puerta. Ya verás que alguien se los pone y se convertirá en el ser más dichoso del mundo.

Poco tiempo después pasó por el lugar un guarda que hacía su ronda de costumbre y al ver los chanclos exclamó:

—¡Vaya! ¿Qué estarán haciendo aquí estos chanclos? Deben ser del teniente que vive en el piso de arriba, porque están en su puerta.

Aunque eran más de las once de la noche, aún se veía luz en el piso de arriba. El guarda estuvo tentado a llamar a la puerta, pero no lo hizo por temor a despertar a los vecinos. Pensó que mejor los devolvería al día siguiente. Pero los chanclos se veían tan suaves que no pudo resistir la tentación de



probárselos. Y con ellos puestos dijo:

—¡Qué extraño es el mundo! El teniente podría estar acostado tranquilamente y aún no lo ha hecho. Pero él sí que vive bien. No tiene esposa ni hijos y puede divertirse todas las noches. Me gustaría ser como él, así sería un hombre completamente feliz.

Apenas dijo esto, los chanclos produjeron su efecto y el guarda tomó la forma y la manera de pensar del teniente. Se encontraba en la habitación de arriba y tenía una carta en sus manos. Por ella se comprendía que el teniente estaba enamorado y no era correspondido. En eso se acercó a la ventana y exclamó:

—Ese pobre guarda que está en la calle es mucho más feliz que yo. Tiene un hogar, una mujer y niños que lloran con sus penas y se regocijan con sus alegrías. ¡Ah, sería feliz si pudiera cambiarme por él!

Y al momento, gracias a los chanclos que aún llevaba puestos, el guarda se convirtió de nuevo en guarda. Creyendo que se había dormido dijo:

—¡Qué sueño más extraño he tenido! Me parecía que era el teniente y que estaba allá arriba, pero no era nada feliz. Me faltaban mi mujer y mis chiquillos.

El guarda se quitó los chanclos y siguió haciendo su ronda. Cuando a la mañana siguiente fue a devolverlos, el teniente le dijo que no eran de él. Entonces dispuso dejar los chanclos en la comisaría.

Allí los encontró un oficinista que andaba estrenando zapatos



y sufriendo un tormento porque le apretaban mucho. Entonces pensó que nadie tomaría a mal que se pusiera los chanclos mientras el dueño llegaba a reclamarlos. El oficinista trabajaba frente a una ventana y al ver pasar una bandada de pericos que volaban con gran alboroto, dijo:

—Esos sí que son felices. Volar es un don maravilloso. Dichosos aquellos que gozan de ese don desde que nacen. Si pudiera escoger otra forma de vida, me gustaría ser un perico.

Y dicho y hecho, el oficinista se transformó en un perico, que se elevó volando por el cielo. Pero su alegría duró poco. En un instante que bajó a picotear una fruta, un chiquillo lo atrapó. Luego lo vendió a una señora que lo llevó a su casa y lo encerró en una jaula. Fueron las horas más tristes de su vida, pues entonces comprendió que no hay nada que se pueda igualar a la libertad.

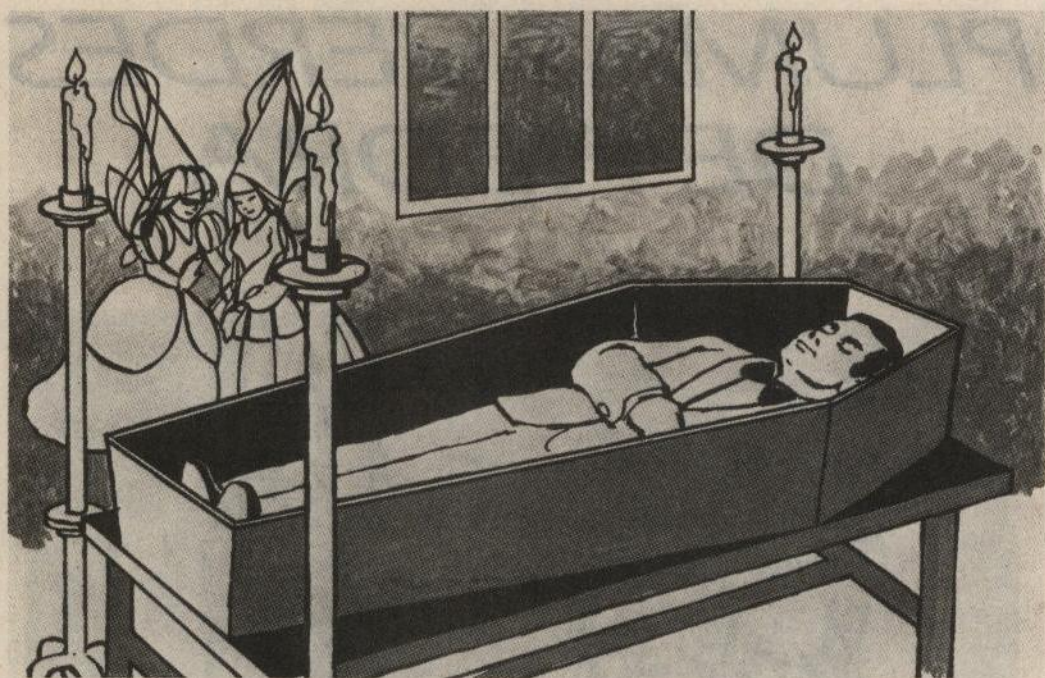
Pero tuvo suerte, pues cuando la señora llegó a ponerle un poco de comida, olvidó cerrar la puerta de la jaula. Rápidamente el perico huyó por la ventana y voló por encima de las casas y las calles. Al fin, sintiéndose a salvo, pudo reposar un poco en la rama de un árbol. Entonces vio que la casa de enfrente tenía un aspecto familiar. Era la casa donde vivía el oficinista. Al ver que una ventana estaba abierta, voló hacia allí y se posó en la mesa de la cocina.

El perico deseó ser un hombre para no volver a verse encerrado en una jaula. Y al instante se convirtió de nuevo en el hombre que era. Al verse sentado en la mesa, exclamó:

—¡Dios mío! ¿Cómo habré llegado hasta aquí dormido? En verdad que he tenido un sueño bastante tonto.

A la mañana siguiente, cuando el oficinista estaba desayunando, un estudiante que vivía en la misma casa le pidió unos zapatos prestados. Él le respondió que fuera a su cuarto y tomara los que le sirvieran. Y el estudiante se llevó los chanclos de la felicidad. Con ellos puestos salió a la calle y al oír pitar un tren exclamó:





—¡Cuánto me gustaría viajar! Debe ser la cosa más emocionante del mundo. Pero me gustaría viajar lejos, muy lejos. Sería feliz yendo de un país a otro.

Al instante, el estudiante se encontró sentado en un tren que cruzaba velozmente por pueblos desconocidos. Pero ni siquiera podía admirar el paisaje. El vagón en que viajaba estaba atiborrado de gente. Las moscas volaban a su alrededor y no lo dejaban en paz. El calor era insoportable. Se sentía cansado, sudoroso, le martillaban las sienes, le faltaba el aire.

Al anoecer el estudiante se sentía molido. Le dolía todo el cuerpo. Como estaba ya al límite de sus fuerzas se le ocurrió decir:

—Qué bonito sería viajar si uno no tuviera cuerpo. Quisiera que mi cuerpo pudiera quedar en reposo mientras mi espíritu vuela.

Tan pronto como expresó este deseo, el estudiante se encontró en su casa, tendido dentro de un ataúd. Y seguramente lo habrían enterrado si el hada del Dolor no se hubiera apresurado a quitarle los chanclos mágicos.

Luego, el hada del Dolor se volvió a su compañera, que también estaba presente, y le dijo:

—¿Ves como yo tenía la razón? ¿Qué felicidad le han dado a la Humanidad tus famosos chanclos?

El estudiante volvió a la vida. Y, como las otras personas que se habían probado los chanclos, seguramente comprendió que la felicidad nunca la encontraría envidiando a los demás.